

PINTURA.

DIBUJANTE. -- COLORISTA. -- BELLO-IDEAL.

No sé, en verdad, que tenga de particular, el que á una persona joven y de mediana sensibilidad (y sea dicho de paso que en algunas ocasiones soy escesivamente tierno de corazon) le afectan demasiado en su organizacion física y moral, así los desmedidos placeres, como las desgracias de alguna consideracion; porque quien medita en todo lo que le rodea con alguna filosofía, profundiza mas las circunstancias, saca de ellas mas partido que el hombre superficial ó ignorante. Y no es esto decir que sea yo tan filósofo que no me dege fascinar á primera vista por el atractivo de la belleza y de la elegancia; nada de eso; en muchas cosas que aborrezco ahora, he encontrado al principio mil encantos, mil placeres, un paraíso entero. ¡Qué infelicidad! La violeta es para mí la flor mas aromática, y no he de gustar su aroma mas de una vez, porque sino solo siento el bajo olor de la yerba. Pero esto solo me sucede con las cosas comunes: tratándose de bellas artes soy otro hombre. Un cuadro de Velazquez siempre me sorprende, cada vez mas; me roba los sentidos, y creo que me debo alegrar de ello, bien que, apenas habrá profano á quien no suceda otro tanto, porque su colorido es tan verdadero como la misma naturaleza. Pero tambien me encanta un cuadro de Rafael de Urbino; y en este género de pintura creo que los poco inteligentes no hallan á primer aspecto un grande atractivo; porque las ideas de este ángel de los pintores, de este lirio de la belleza, son enigmas para el vulgo, y porque la grandiosidad y prodigios que encierra la bóveda celeste, solo están al alcance de los que á deshora de la noche velan en la contemplacion de sus luceros.

Yo tengo la costumbre de levantarme temprano, y mi vida es muy pacífica. Salgo con la brisa de la mañana á dar un paseo al Prado, desayuno

á la vuelta de mi excursion matutina, y en seguida..... tengo tantos amigos oficinistas que por poco digo *en seguida voy á la oficina, vuelvo de la oficina.....* pero nó, á Dios gracias, que me suelo pasar toda la mañana en mi cuarto de estudio leyendo á los poetas románticos ó escribiendo para el Artista. Pero hoy me ha faltado muy poco para volverme loco: me he levantado á las once dadas, porque desde mi dormitorio he presenciado mil escenas tan animadas y diversas, que me han hecho sudar un poco, y tengo algo de jaqueca de lo que ha trabajado mi imaginativa.

— ¿Por qué se rie V. de mí Sr. D. Diego? me compadece V., no es verdad?..... Pues entonces de cuántos puede V. reirse! porque muchos pintan lo mismo ó menos que yo. ¡Vaya! ria cuanto guste; que otros tambien se rien de V. Y sepa que dicen muchos que los románticos parecen chivos.

Estaba yo mirando el retrato de Velazquez; pensando en sus cuadros me detuve tanto en el exámen de sus facciones, buscando en ellas aquella grande alma que las animaba, capaz sola ella de concebir tantos prodigios, que se me figuró mas de tres veces verle fruncir las cejas, sonreir entreabrir los lábios, y hasta pronunciar palabras; lo que me tenia obsorto, y sin pensar mas que en como agasajaria y veneraria yo del mejor modo posible al Sevillano pintor, que habia venido desde la eternidad á *sorprenderme* en la cama. ¡Pobre visionario! mas de tres horas me estuve hecho un grande hombre en conversacion con mi huésped. Ví su paleta y sus colores, y le miré manejar el pincel con admirable franqueza y fogosidad. Cada uno de sus toques, tan valientes, llenaba un objeto especial; ni uno era supérfluo. Y Velazquez en la fuerza de su imaginacion, en la llama de su atrevido genio, no se detenía en difumar las tintas, no necesitaba de este auxilio para hacer saltar del lienzo las figuras que apenas delineaba con el lápiz. Observaba yo muy poca detencion en sus pinceladas, formas vagas y enigmáticas que iban tomando realidad, como sucede en un ensueño, ó al mirar al través del cristal de un empírico. Se paraba poco en el dibujo de las formas, pero su pincel copiaba estrictamente la naturaleza. Pintaba á la sazón un cuadro histó-

rico, y parecia que evocaba los espíritus de los muertos á quienes él daba vida con sus manos. Me pareció un milagro, y probablemente le hubiera adorado colocándole en la letanía con los demas santos; pero por fortuna no sabia yo traducir al latin D. Diego Velazquez de Silva.

Entráronme el chocolate. Sorbiéndolo precipitadamente, como aquel que se abrasa la boca y la garganta, me visto en menos de dos minutos y *mano en boca* éntrome en el Museo, con la lengua en carne viva y el pecho en carne muerta para tentaciones del diablo, pues aunque al subir la escalera de piedra me dió un tropezon una dama (de cántaro) no dándome por entendido continué mi marcial ascenso sin alterar mi serena gravedad.

¡Oh poder del génio!! oh perspicacia!.... dige para mí cuando en uno de los salones de la Escuela Española ví que en un corrillo de soldados y lugareños se disputaba acaloradamente sobre si el cuadro de la Rendicion de Bredá representaba ó no á N. S. entregando las llaves á S. Pedro. (1)

—Y sino que lo diga el señor.... ¡eh! caballero! ¿No es S. Pedro aquel?.... (y volviéndose á sus compañeros) sois muy torpes.... pues apenas está *propio*!.....

En la escuela Italiana solo habia dos personas. Una de ellas (y era un italiano) estaba como embelesado delante del Pasma de Sicilia: la otra observaba atentamente el cuadro de Venus y Adonis de Ticiano (y era un muchachuelo romo, de doce á trece años, con cara de pillito y escapado al parecer de una aula de latinidad.)

Entablé conversacion con el italiano, y me gustó mucho su modo de raciocinar sobre la correccion del dibujo y la hermosura y nobleza de todos los contornos del príncipe de los dibujantes.

—Observe V., me decia casi entusiasmado, esa pureza, esa sublimidad y candor, esa espresion de dolor tan marcada en los rostros de Jesus y de las tres Marias; ¿no siente V. en su corazon todo el placer de una belleza celestial? ¿no respira V. el

aroma del cinamomo, la fragancia de la rosa de Jericó y del cedro del Líbano? ¿No le recuerda á V. este cuadro las grandezas del cristianismo y todo el poder de la religion?.... ¡Ah Rafael de Urbino!!! Un ángel le asió de su cabellera y le remontó sobre las nubes.

—Pero es preciso convenir en que no todos ven en ese lienzo lo que V. Las almas de un mediano temple (y son las mas) no se contentan con esas ilusiones, porque no quieren ni pueden remontarse á una esfera superior, toda de luz y aromas, porque se contentan con la sola naturaleza. Ellos no han visto los ángeles ni los santos como los vió Rafael en sus éxtasis, en los arrebatos de su alma creada para alabar siempre en sus obras al rey de los cielos. Y por esta razon en el mundo tendrá siempre ventajas el pintor que represente la verdadera naturaleza, el que la dé sus formas, su verdadero color, sobre el que se desdeñe de imitarla y se hilvane los sesos buscando esa belleza llamada ideal. Y estos últimos solo podrán ser dibujantes y no coloristas: porque el color depende en gran parte de las formas. El buen colorista tambien debe ser hombre de mucho génio: porque el color no se copia materialmente, es necesario ademas penetrarse de los sentimientos y no todos ven las tintas como es menester. El buen manejo de ellas contribuye mucho á la animacion, á la espresion y vigor que tanto caracterizaba las obras del Sevillano. Muchos solo las miran con los ojos materiales, y los ojos materiales suelen engañar. Ticiano, Velazquez, Rubens y Murillo penetraban con su vista la máquina entera de la criatura, y la punta de su pincel escudriñaba todas las venas, membranas y artérias del cuerpo.

Hubo una época en la pintura, y esto fue en Francia á principios de este siglo, en que todo se sacrificaba á la imitacion de una belleza ideal residente en algunas almas extraordinarias, y transmitida en las estátuas de las deidades de la antigua Grecia; se trataba de perfeccionar la naturaleza, pero se daba en el extremo de no imitarla en nada; y la naturaleza no era como ellos la representaban, sino que sus figuras parecian estátuas y sus cuadros bajo-relieves coloreados. No así Rafael; este no aspiraba á personificar deidad alguna mi-

(1) Esta escena es auténtica.

tológica; su alma solo sentia la grandeza del cristianismo: sus oídos percibían todas las palabras de la revelación, de los cantos de los profetas.

En el género humano siempre ha habido hombres feos, muy feos, feísimos, y los pintores que han imitado la verdadera naturaleza sin buscar la belleza ideal, se han esmerado en dar á los objetos su color real, al paso que los llamados dibujantes lo han descuidado.

Quiero representarme un cuadro de dibujo correctísimo, lleno de belleza ideal, que las formas de las figuras sean casi divinas; pero que tenga mal colorido.

¡A Dios ilusión! Sus figuras parecerán ángeles macilentos vestidos de ropa vieja. Y no sucede esto con un cuadro de bello colorido, aun cuando su dibujo no se aproxime á lo ideal. Porque se puede asegurar que el buen colorido y el contorno de la *ideal belleza* casi son incompatibles. El dibujo puede ser correcto sin traspasar la naturaleza; y es bien sabido que para un cuadro de historia no se ha de escoger, sin necesidad, para héroe á un patituerto ó á un jorobado. Ticiano en su S. Pedro Martir nos manifiesta unidos el dibujo correcto y el buen colorido; pero el dibujo correcto no es el *dibujo ideal*, porque el correcto es la misma naturaleza, y el ideal no existe reunido en una persona sola de este mundo sublimar. Y es fama que cuando los gigantes se unieron para escalar el cielo, la sociedad del bello ideal se quedó trasconejada allá por el Olimpo.

El dibujo correcto, acompañado de un colorido brillante y jugoso, sorprende el alma, absorbe la sensibilidad, y le abstrae á uno de su estado actual para trasladarle ante la escena que el cuadro representa. Tal es esta fuerza oculta en el bello colorido, que para experimentarla no es menester ser pintor. Mirando á la luz del crepúsculo de la tarde un retrato de este género, se le ve moverse, gesticular (si es feo también se le tiene miedo); y mirando á la misma luz una figura del otro género, un miembro de la *sociedad de la ideal belleza*, siente una cierta repugnancia y cree estar con un enfermo; porque regularmente tendrá muy mal color, y su nariz será afilada como un cuchillo.

Si el pintor quiere hacer formas ideales trastorna forzosamente el colorido natural; por esta razón no temo decir que para que Rafael de Urbino fuera colorista necesitaba ser menos dibujante.

El mal colorido destruye la magia de la pintura. Velazquez, el Ticiano, Rúbens y Murillo nos encantan. Efectos de claro-oscuro, masas de luz al lado de tinieblas, vigor y fogosidad; he aquí, Velazquez, el alma de tus ideas! los signos de tus sueños!.. Su conjunto arrebató el entendimiento, y la admiración que tributan á tus obras los pintores de todas las naciones, es tan justa como ilimitada. Y no podía menos de ser así; porque nos agrada más á los mortales la naturaleza envuelta en una sombra de misterio, y revestida de la magestad de la verdad, que la fábula fría y acardenalada de los antiguos artistas.

Cuadro sombrío, de personajes misteriosos, disfrazados entre la oscuridad de las sombras, imponente y marcada claridad, medio gloria y medio infierno: esta es la producción de un genio abrasado por el sol de medio día. Divinidad fría y nada sorprendente: este es el tipo de un Girodet, *perverso imitador del antiguo*. — P. DE M.

ORILLAS

DEL PUSA.

¡Qué calor!... sudando llevo,

Por la empinada montaña

Resbalando,

A este valle que en sosiego

Tu corriente, ¡ó Pusa!, baña

Susurrando.

Déjame un rato olvidar

En tus orillas mis penas,

Y el sediento

*

Lábio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal de ese elevado
Monte al Tajo en raudal giro

Se derrumba,
Tan humilde que sentado

Desde aquí su cuna miro

Y su tumba,

No importa que al Tajo ufano

Tu breve curso no iguale;

Corre ledo;

Y que nunca el cortesano

En la Carta te señale

Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano

Donde los cerros evite

De la vida;

Y allí del mundo lejano

Tu breve carrera imite

Y escondida.

Ese Tajo caudaloso

En cuyo profundo seno

Vas á morir,

Ya con puente ponderoso

Su terso raudal sereno

Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa

Su rápido curso estorba,

Ya descende

Ruin batél que se empavesa,

Y en sus cristales la corva

Quilla hiende.

Su destino es envidiar,

O de tu curso süave

La paz suma,

O el alto poder del mar

Que puede tragar la nave

Que le abruma.

¡Pobre Pusa!..... si insolente

Por esos tendidos llanos

Te lanzáras,

En tu cristal inocente

¡Cuántos siervos y tiranos

Retrataras!

De aquel trance malhadado,

De las armas españolas

Fue testigo

Guadalete ensangrentado,

Y abrió tumba entre sus olas

Á Rodrigo.

Berecina el lauro honroso

Que cuatro lustros tejieron

Hondo tragó,

Y el poder de aquel coloso

Que los hombres no vencieron

Allí se hundió.

Pusa humilde, manso rio,

Tu dichoso apartamiento

Le procura

Contra el ardor del estio

Al peregrino sediento

Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña

Desde ese monte descende,

Y al rebaño

Que á tus márgenes se apiña,

Y al can que el redil defiende

Fresco baño.

Y hoy á mi cuerpo cansado

Contra el Sol que ardiente pica

Blando solaz.

¡Pusa!; Á Dios!..... corre ignorado,

Y las quintas de Malpica

Fecunda en paz.

V. DE LA VEGA.



Ramiro.

« Es un morisco que viene
« Solo desde el Alpujarra
« A matar un hombre... »

CALDERON.

I.

Era la noche: el desgraciado Ramiro desde las ventanas de su prision contemplaba á la luz de la luna, la melancólica tranquilidad de las selvas cercanas, escuchando el lento y monótono murmullo de las olas que rodean el terrible castillo de Aliatar donde vive hace ya mucho tiempo prisionero. En aquella triste mansion pasaba su vida el desgraciado caballero, sin mas consuelo á sus melancolias que los recuerdos siempre dulces de las pasadas venturas. Pensaba en su amada Zelma á quien tanto amaba á pesar del tiempo y de la distancia, y de no saber si ya tal vez aquella hermosa mora vivia feliz olvidándole entre los brazos de su rival Aliatar, que traidoramente le tenia encerrado en su castillo, contra todas las leyes del honor y de la caballería.

Sumergido estaba en profundas reflexiones, cuando oyó el sonido de un cuerno, anuncio sin duda de la llegada de algun extranjero al castillo, y sintió poco despues pasos cerca de su estancia como de hombre cubierto de pesadas armas. Abrieron la puerta de su prision, y distinguió Ramiro al pálido resplandor de la luna un guerrero de talla gigantesca y armado de punta en blanco; parecia de edad algo avanzada y de complexion robusta; su rostro, tostado por el sol, estaba cubierto de cicatrices y anublado de profunda tristeza, como si algun amargo sentimiento le atormentara interiormente; pero entre la nube sombría que daba á su semblante un aire siniestro y melancólico, se descubria una serenidad á todo trance y un valor impertérrito. Cerró la puerta tras sí con gran violencia, y quitándose el casco y la espada presentó á Ramiro su mano cubierta de una manopla de hierro.

— Toca esa mano, dijo con voz bronca y destemplada; Ramiro ¿me conoces?

— No me acuerdo, respondió éste, de haberte visto en mi vida, y aun me admiro de que sepas mi nombre; pero sin duda, añadió suspirando, la fama de mis desgracias le habrá hecho llegar á tus oidos. Estrangero, dime quién eres, cómo te llamas y con qué objeto vienes á buscar á un desgraciado, hace tanto tiempo privado de la libertad.

— Con el de volvértela, respondió el guerrero: vengo á volverte una libertad que te han arrebatado indignamente; pero tiembla, añadió frunciendo las cejas y apretándole la mano con violencia, que el mismo que hoy rompe tus cadenas no te arranque la vida. ¡Oh Ramiro! ¡piensa en Almanzor!

— Poco temo tus amenazas, respondió Ramiro con tranquilidad; pero quien quiera que seas, tu que me hablas con tanta arrogancia, sospecho que tus promesas tendrán el mismo efecto que tus amenazas.

— En efecto, respondió con una sonrisa irónica: te cumpliré con la misma exactitud las unas y las otras. Sígueme, y verás como digo verdad. Pero en cambio del beneficio que te hago rompiendo tus cadenas, exijo tu palabra de caballero español de que me seguirás en cualquiera ocasion en que yo te llame, aun cuando estuvieras á los pies de tu querida ó rezando sobre la tumba de tu madre.

— Lo juro, respondió el cristiano.

Y esto diciendo salieron juntos de la prision, y despues de haber bajado varias escaleras de caracol y atravesado algunas piezas alhajadas á la morisca y escasamente alumbradas, llegaron á un salon donde habia una mesa servida con dos cubiertos y cuatro esclavos negros alrededor.

— Sentémonos, dijo el extranjero, y comeremos juntos; y haciendo seña á los esclavos para que se retirasen se colocó en la mesa en frente de Ramiro.

— Sin duda, le dijo éste, serás grande amigo de Aliatar, pues mandas de esta manera en su castillo; pero á pesar de todo, dudo que te perdone el haberte atrevido á dar libertad á su mayor enemigo.

— Si estuvieras en estado de defenderte, respondió levantándose el extranjero con ojos centellantes, esas palabras hubieran sido las últimas de tu vida.

— Serénate, dijo Ramiro, serénate, y si mis palabras te ofenden echa la culpa al misterio con que me tratas, y á que no sabiendo quien eres y viéndote en los dominios de Aliatar tranquilo y seguro, no pude menos de pensar sino que eras su amigo.

— Algun dia me conocerás y puede que te pese, Ra-

miro; pero ahora no quiero decirte mi nombre: báste-te saber que soy musulman y enemigo mortal de Aliatar.

-- Si es cierto lo que dices, te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en este castillo, si no quieres exponerte á hacer en él mas larga mansion de lo que quisieras. Créeme, salgamos de aqui, haz que me den armas y vámonos á algun sitio donde puedas cumplir tus amenazas: entonces veré si tus hechos corresponden á tus arrogantes palabras.

-- Por la cabeza del Profeta, respondió el musulman levantándose repentinamente, te juro que satisfaré tu deseo; pero ahora es menester que nos separémos: algun dia me encontrarás y entonces conocerás quien soy. Ahora vuelve al campamento de los cristianos y sé feliz por algun tiempo; pero graba estas palabras en el fondo de tu corazon: no durará mucho tu felicidad, porque la sangre del justo pide venganza y la consigue, y tu has derramado la sangre del justo. ¡Oh Ramiro! piensa en Almanzor!

-- Si, respondió Ramiro con tristeza, yo he derramado la sangre de Almanzor, pero ha sido en combate singular, y he libertado á mi patria y á mi religion de su mas terrible enemigo, y no me arrepiento.

-- ¿Quién sabe? respondió el guerrero: acaso te arrepentirás algun dia.

Llamó en seguida á dos esclavos negros y les mandó trajesen una armadura completa que Ramiro vistió al punto con muestras de alegría, como quien abraza tras larga ausencia á un amigo querido; examinó la espada que le pareció de buen temple, igualmente que el yelmo y el escudo, y llegaron en seguida al puente levadizo donde hallaron un poderoso caballo blanco ricamente enjaezado: montó en él Ramiro despidiéndose de su libertador, y partió á todo galope siguiendo las encantadas orillas del Genil. Cubrióse el rostro con la visera del casco por empezar ya á dejarse sentir los rayos del sol, y al cabo de algunas horas perdió de vista las almenadas torres del castillo que le habia servido de prision. Poco mas de cinco leguas habria andado, cuando llegando á un espeso bosque que se hacía á la derecha del camino, resolvió detenerse en él, tanto por la fatiga de su caballo como para gozar de la frescura y amenidad del sitio. Desensilló el troton dejándole pacer libremente, y se tendió á la sombra de unos espesos robles llena la imaginacion de los extraordinarios sucesos de aquella noche, que mas le admiraban cuanto mas pensaba en ellos. Aquel extranjero que sabia su

nombre y ejercia tanto dominio en el castillo ¿quién era? Se decia enemigo de Aliatar, y sin embargo permanecia tranquilo en sus dominios despues de haber quebrantado sus órdenes: revolvía en su imaginacion mil conjeturas que se destruian por sí mismas y no sabia á que resolverse, cuando oyó una voz que parecia salir de no lejos del sitio donde él estaba. Puso atento el oido y percibió algunos sollozos y suspiros que parecían arrancados de lo mas hondo del pecho; movido á compasion se dirigió al lugar de donde salía la voz, y vió un jóven como de diez y siete á diez y ocho años, vestido á la morisca, que era el que tan tristemente se quejaba. Pareció al principio no advertir la llegada del caballero, tanto estaba sumergido en su dolor; y asi tuvo tiempo Ramiro para mirarle despacio; y luego que le hubo contemplado le pareció que mas hermoso jóven no habia visto en toda su vida. Tenia la cabeza rodeada de un blanquísimo turbante y le descendía por la espalda una larga cabellera de ébano rizada naturalmente: el fuego de sus ojos negros y rasgados estaba algun tanto templado por el agudo dolor que le traspasaba el corazon: era de talla mediana y bizarro en extremo. Pendía á su cintura un alfange morisco: tenia en la mano una javelina y un arco á su lado. Luego que vió al caballero se levantó repentinamente blandiendo el arco y mirándole con semblante amenazador. Ramiro le dijo.

-- He oido tus suspiros y conocido por ellos que eres desgraciado; pero por grandes que sean tus penas, está seguro de que nunca igualarán á las mias. Solo el deseo de consolarte en tu afliccion me ha movido á turbar tu reposo.

-- Mis penas son de tal naturaleza, respondió el jóven moro, que no admiten consuelo alguno; pero no por eso agradezco menos tu cortesía y buen deseo. Si no estás depriesa y el escuchar males ajenos no aumenta los tuyos, siéntate á mi lado y te contaré la historia de mis desgracias.

-- Te oiré, interrumpió Ramiro apretándole la mano afectuosamente; te oiré, amigo mio, y acaso te servirá de consuelo el ver un mortal mas desgraciado que tu.

Dicho esto se sentaron á la orilla de un manso arroyo que por alli serpeaba, y el jóven árabe empezó en estos términos.

II.

“Nací en Granada en el tiempo en que nuestro rey Mulei-Hasem reinaba pacíficamente entre nosotros

protegiendo las artes y las ciencias, adorado de sus vasallos, respetado y temido de sus enemigos. Mi padre, de la famosa tribu de los Abencerrages, vivía tranquilo á la sombra del trono gozando del favor del rey y querido de todos: casóse bastante joven con una hermosa granadina de la tribu de los Goméles, siendo yo y una hermana mia menor, llamada Zelma, el fruto de sus amores. Un día llamó el rey á solas á mi padre y le dijo:

«Reduan, he sabido que los cristianos reúnen todas sus fuerzas para caer sobre nosotros y aniquilarnos; si hasta ahora he podido mantener la desunión entre ellos, ya cansados de hacerse la guerra entre sí, se reúnen contra nosotros llevando por única divisa *Enemigos del Islamismo*. Pero todas sus fuerzas reunidas me darian muy poco cuidado á no ser por las divisiones intestinas de mi reino. Tu lo sabes; á pesar de todos mis esfuerzos, no he podido apagar la rivalidad que existe hace tantos años entre los Zegríes y los Abencerrages, las dos mas poderosas tribus de mi imperio. Mi hijo Boabdil protege á la primera y conspira contra mí, fomentando entre mis vasallos el espíritu de rebelión. Amigo mio, dame tus consejos y dime qué debo hacer para libertar á mi pueblo del peligro que le amenaza.»

«No me sorprende lo que me dices, respondió mi padre: hace mucho tiempo que tu hijo protege á los pérfidos Zegríes con el objeto de colocar tu corona sobre su frente; pero por grande que sea su partido no debes temerle, porque los Abencerrages nunca te abandonarán, y los Abencerrages son invencibles. Créeme, Mulei-Hasem, arroja de Granada á esa infame tribu que es la peste de tu reino; y si el amor de padre te impide castigar á Boabdil, desprecia al menos á un hijo indigno de tí.»

Entonces fue cuando los cristianos reunidos bajo las banderas de Fernando é Isabel empezaron de nuevo una guerra suspendida hacia ya tantos años, y que debía ser mas terrible y sangrienta que todas las pasadas. Indignados los españoles de ver á los enemigos de su fé, pacíficos poseedores de la parte mas hermosa de su territorio, resolvieron arrojarlos de ella, y vengar de una vez ocho siglos de oprobio y esclavitud. Penetraron en nuestras tierras haciendo en ellas terrible destrozo, y el formidable monarca de Aragon llevó el terror y el espanto hasta los muros de Granada. Guerreros invencibles, inmensos ejércitos salieron de todas partes de España para pelear contra nosotros, y

el estandarte de la Cruz tremoló bien pronto en muchas de nuestras mezquitas. En vano implorábamos á Mahoma: Mahoma se habia retirado de nosotros y nos abandonaba á nuestros enemigos, que nos destrozaban con furor como los leones del desierto al tímido rebaño. El pueblo agolpado á las puertas de la Alhambra, pedía á gritos marchar contra los cristianos, Mulei lo deseaba tambien, pero Almanzor ya no existía; Almanzor, el mas valiente guerrero, el mas firme baluarte del islamismo, el espanto de los soberbios, el amparo de los débiles, el rayo de los combates, el querido de las bellas. Almanzor derrotó mil veces á los cristianos; y si viviera todavía, los hijos de Pelayo no hubieran osado salir de las cavernas donde los sepultó el valor de nuestros padres.

Un día, fatal para nosotros, en que se celebraban unas magníficas justas para celebrar el aniversario del nacimiento de nuestro rey, se presentó de repente en el torneo un guerrero que, á juzgar por sus armas, parecia cristiano, y que despues de haber desarzonado á nuestros mas valientes paladines, arrancó tambien la vida con la punta de su lanza al nunca hasta entonces vencido Almanzor. ¡Día terrible! ¡día de muerte y destrucción! Llorad, hijos de Omar; con Almanzor acabó vuestra gloria y vuestro imperio; Alá nos abandona á la rabia de los partidarios del Crucificado. Venid hijos de Cristo y hartaos de nuestra sangre: profanad nuestros templos: derribad nuestros altares: nuestros guerreros que un tiempo os vencieron, caeran bajo vuestras espadas como las hojas de los árboles al impulso de los Aquilones!...

Con no poca dificultad logró Mulei-Hasem ayudado de sus guardias, sustraer al caballero cristiano, que Ramiro se llamaba, al furor del pueblo. Llevóle á uno de sus palacios en los alrededores de Granada y allí le tuvo oculto algun tiempo, hasta que habiéndose el infame Boabdil apoderado de la corona de su padre, le entregó en manos de su consejero Aliatar, uno de los hombres mas vengativos y perversos del mundo, y rival, á lo que luego se supo, de Ramiro en sus amores con mi desgraciada hermana Zelma.

— Tu hermana! — interrumpió el guerrero.

— Si; pobre Zelma! En el palacio de Mulei-Hasem conoció al caballero cristiano y desde entonces empezó para ella una vida de amargura: el cielo ha querido castigarla por haber amado á un infiel. Ella misma me ha contado sus amores con el cristiano y no he podido menos de perdonarla, porque debe ser un muy cum-

plido caballero el que ha vencido á nuestro Almanzor. Pero la hermosura de mi hermana conmovió el corazón del pérfido Aliatar, y éste al punto encerró á su rival en uno de sus castillos, recreándose en los tormentos que le preparaba: empezó desde entonces á galantear á mi hermana y obtuvo permiso del Rey para casarse con ella.

Sin duda habrá llegado á vuestros oídos la fama de aquella horrible noche, que fue la última para los desgraciados Abencerrages, en que el tirano Boabdil hizo perecer traidoramente á casi todos los guerreros de aquella famosa tribu. Mi padre, que mandaba una expedición contra el rey de Fez, fue uno de los pocos que se salvaron; pero se confiscaron todos sus bienes y se ofrecieron inmensas sumas al que entregase su cabeza. ¡Qué horror! también mi inocente madre fue sacrificada al furor del tirano!..... Yo estaba entonces peleando contra los cristianos, y apenas supe las horribles escenas que habían pasado en Granada, dejé el ejército y fui á reunirme con mi padre, á quien hallé entregado á la mas horrible desesperación. Corrí, bañado en lágrimas, á arrojarme á sus brazos, diciéndole algunas palabras de ternura; pero en vez de estrecharme en ellos como tenia de costumbre, me repelió con horror diciéndome:

— No, Abenamar, tú no eres hijo mio: si fueras mi sangre no derramarías esas lágrimas indignas de un hombre. Abenamar, venganza, venganza!!....

Diciendo esto, me miró con ojos tan encendidos que parecia salirse por ellos el corazón á pedazos: pero á pesar de todos sus esfuerzos, lanzaba de cuando en cuando algunos gemidos tan profundos que no pude menos de horrorizarme al verle en aquel estado; paseabase por la estancia á grandes pasos, alzaba los ojos al cielo y parecia amenazarlo en su cólera; algunas veces exclamaba en sacrílegas imprecaciones contra Mahoma; miraba sus armas, y entonces una horrible sonrisa daba á su semblante el aspecto de una hechicera poseída de los espíritus infernales. Yo le dije:

— Padre mio, ¿qué debo hacer?

— ¿Qué debes hacer? interrumpió mi padre, apretándome la mano, ¿y tú me lo preguntas? Abenamar, si eres hijo mio no debo decirte cual es tu obligación. Boabdil vive y reina en Granada: toma este puñal y sepúltalo en el corazón de ese pérfido Rey que ha derramado la sangre de tu madre.... Pero no; yo le reservo una muerte mas digna de él, lenta, terrible y que servirá de escarmiento á los tiranos. ¡Oh! Si.....

algun día sufrirán los culpables el tormento que me hacen padecer. Ahora vuelve á Granada, que pronto te seguirá tu padre y.... prepárate á ayudarme en mi venganza.

Desde entonces, Señor Caballero, no he vuelto á ver á este padre querido; pero cuando volví á Granada, donde permanecí oculto algun tiempo, ví varias veces á mi pobre hermana Zelma, que su amante Aliatar tenia encerrada en una de las prisiones del Alhambra. Allí la pobre niña pasaba la vida en medio de las lágrimas, pensando en su perdido amante; yo logré algunas veces introducirme disfrazado en su jardín y entonces procuraba consolarla, aunque no era á la verdad mi situación menos triste que la suya. No habia vuelto á tener noticias de mi padre, y ya le creia víctima del rencor de Boabdil, cuando supe que en vez de entregarse á su venganza, habia logrado grangearse la privanza del Rey y hacerse grande amigo de Aliatar. Por su influjo fue desterrado de Granada el virtuoso Mulei-Hasem, y no pasaba día en fin que no tragese á mis oídos la noticia de algun nuevo crimen de mi padre. Acrecentaban estas nuevas el horror que me inspiraba aquella ciudad bañada en la sangre de mi madre, con lo que me era en extremo odiosa la existencia. Resolví pues salir de Granada con mi hermana para libertarla de su horrible amante Aliatar y la fortuna favoreció este proyecto: me introduje en el jardín donde ya otras veces habia visto á Zelma, y salimos los dos en traje de cautivos sin que nadie reparara en nosotros: aquella misma tarde nos hallamos á bastante distancia de Granada. Anduvimos toda la noche y llegamos esta mañana á ese bosquecillo inmediato, donde entre las sombras de los árboles dejé descansar á Zelma, que se hallaba rendida á la fatiga del camino. Ahora es nuestro intento llegar á tierra de cristianos y entregarnos á la protección del generoso Gonzalo de Córdoba, amigo del valiente y malogrado Ramiro.

III.

Desde que éste oyó que Zelma se hallaba descansando á corta distancia, no le fue posible atender mas al discurso de Abenamar; le echó los brazos al cuello con extraordinaria agitación, diciéndole al mismo tiempo cual era su nombre. Contóle luego lo que le habia sucedido aquella mañana y, por las señas que dió del guerrero que le habia abierto las puertas de su prision, conoció el joven árabe que aquel era su padre

Reduan. Oyeron en esto la voz de Zelma que llamaba á su hermano y ambos se dirigieron al bosquecillo inmediato donde hallaron á la hermosa mora, bastante sobresaltada de ver llegar á su hermano en compañía de un guerrero armado de punta en blanco, y cubierto el rostro con la visera; pero cuando supo que aquel guerrero era Ramiro, estuvo á punto de caer al suelo desmayada de sorpresa y de alegría. Estaba ya en esto el sol bastante adelantado en su carrera, y apesar de ser calurosísimo el día se pusieron en marcha los tres jóvenes dirigiéndose á lo que podían juzgar por la luz hacía el campamento de los cristianos; y al cabo de algunas horas de camino se encontraron con un pequeño destacamento de españoles, á cuyo frente caminaba el joven Gonzalo de Córdoba. Apenas se dió á conocer Ramiro, resonaron en las filas de los soldados mil gritos de alegría, y en pocos momentos llegó la fama de aquel feliz suceso hasta las tiendas de Isabel y se extendió por todo el ejército: dó quiera resonaban acentos de júbilo y entusiasmo por la vuelta de aquel valiente mancebo que creían perdido hacia ya mucho tiempo. Salieron los Reyes á recibirle, acompañados de los principales gefes del ejército: todos querían estrecharle entre sus brazos y estaban impacientes por oír la relación de los sucesos que le habían salvado del furor de los enemigos. Al verle llegar acompañado de una joven y de un mancebo árabes, entreveían todos algún novelesco misterio; y la Reina Isabel, con aquella amable perspicacia que tanto la distinguía, conoció muy pronto que en la llegada de su campeón se encerraba algún amoroso suceso. Tomó inmediatamente bajo su protección á los dos jóvenes infieles; y se encerró después en su tienda con su esposo y con Ramiro, para que éste le refiriese cuanto le había pasado desde que cayó en poder de los musulmanes. Hízolo así Ramiro sin ocultarle su amor á Zelma y pidiéndola al mismo tiempo su permiso para darle la mano de esposo. Pero la Reina le dijo que estaba determinada á poner sitio á Granada al día siguiente, añadiendo que si lograba conquistar aquella ciudad, sus bodas con Zelma serían la primera ceremonia cristiana que se celebraría en los infieles muros de Granada. Díjole también que tenía secretas inteligencias con alguno de los enemigos, y que si un traidor había perdido á España, un traidor iba á facilitar á los españoles la conquista de una parte de su territorio. En efecto, el vengativo Reduan había escrito en secreto á los Reyes Católicos designándoles el siguiente

día para que asaltasen la ciudad, cuyas puertas estaban encomendadas á su defensa, y les ofrecía libre entrada por ellas si consentían en entregarle la persona de Boabdil. Agitaban pues todo el campamento cristiano los preparativos del asalto y todos se daban el parabien de ver terminada en breve aquella sangrienta guerra, á cuyo fin debía contribuir no poco la llegada del valiente Ramiro.

IV.

Verificóse al siguiente día el asalto de Granada y poco después la toma de aquella hermosa ciudad, en el cual desplegó Ramiro el heroico valor que tan célebre le había hecho en todo el ejército. Hicieron los Reyes Católicos su entrada triunfal con toda pompa y solemnidad, y se distinguían entre su comitiva los trages árabes de Zelma y de Abenamar, á cuyo lado iba caracoleando en un hermoso caballo el valiente héroe de nuestra historia. Uno de los primeros cuidados de la piadosa Isabel, fue hacer consagrar para el culto cristiano, todas las mezquitas y templos profanados antes con las ceremonias del islamismo; y fiel á su promesa hizo que al día siguiente celebrara Ramiro sus bodas con la hermosa hija de Reduan. Dió la Reina un gran baile á la juventud mas lucida del ejército en uno de los salones del Alhambra, y no se separó aquella numerosa concurrencia hasta ya muy entrada la noche. Quedaron solos los recién casados y antes de retirarse á su estancia rogó Zelma á su nuevo esposo que se paseara con ella un rato por el jardín para gozar de la hermosura de la noche. Paseábanse los dos venturosos amantes por aquellas deliciosas alamedas, platicando amorosamente, llenas las almas de una dulcísima esperanza: llevaba Ramiro el brazo sobre la cintura de la amable Zelma y ella reclinaba su lánguida cabeza sobre el pecho del cristiano. Iban así los dos jóvenes cuando salió de entre los árboles inmediatos, una especie de fantasma cubierta de negro; la cual llegándose á Ramiro, le puso en las manos un billetito cerrado, con lo cual desapareció entre la sombra de los bosques. Abrió Ramiro el misterioso billete y leyó á la claridad de la luna, las siguientes palabras.

“Acuérdate de la promesa que me hiciste en el castillo de Aliatar: *aun cuando estuvieras á los pies de tu querida ó rezando sobre la tumba de tu madre*, juraste que me seguirías. Ven, pues, ; oh Ramiro, y piensa en Almanzor!!!...”

Estremecióse Ramiro al leer esta carta y estrechó á Zelma entre sus brazos con la mayor ternura: una voz interior le decia que nunca mas volveria á verla. Salió entonces del Alhambra y se encontró en la calle á Reduan embozado en un ancho alquizel, con aire sombrío y amenazador: hízole seña el árabe de que le siguiera y ambos echaron á andar por el camino que conduce al hermoso sitio llamado la Vega de Granada. Brillaba la luna en mitad del cielo con un esplendor que pudiera competir con el del mismo sol; y habiendo llegado á lo mas espeso de la Vega, vió Ramiro lleno de horror un cadáver ensangrentado cubierto de un riquísimo traje musulman, y desfigurado con un sin fin de anchas y profundas heridas. Quedose al verlo pálido como la muerte: Reduan le dijo con mucha serenidad:

— ¡Oh Ramiro! hé aqui lo que queda de un monarca en otro tiempo tan poderoso: hé aqui lo que queda de Boabdil. Este infame tirano derramó la sangre de mi esposa querida y yo he derramado la suya: despues de haberle privado de su reino le he arrancado la vida. Porque la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh Ramiro, piensa en Almanzor!

Diciendo estas palabras, cayó de improviso sobre el cristiano, que con los brazos cruzados sobre el pecho estaba contemplando aquella víctima del furor de Reduan, y le clavó en el pecho un ancho puñal que llevaba escondido debajo del alquicel. El infeliz cayó al suelo derramando un torrente de sangre.

— Si, prosiguió Reduan, la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh Ramiro, piensa en Almanzor. = E. DE O.

DON ALONSO DE ERCILLA.

Este ilustre Español, tan gran poeta como valiente soldado, á quien el humanista Juan de Guzman dá el nombre de *Homero-Hispano* y príncipe de los poetas españoles, nació en Madrid á 7 de agosto de 1533, y fue hijo del doctor Fortunio García de Ercilla, caballero del hábito de Santia-

go del Consejo y Cámara del Emperador Cárlos V, y de Doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla y Guarda-damas de la Emperatriz Doña Isabel.

Desde sus mas tiernos años se crió D. Alonso en palacio en calidad de paje del príncipe D. Felipe, á quien acompañó en 1547, cuando pasó á Bruselas á tomar posesion del ducado de Brabante, atravesando la Italia, la Alemania y el ducado de Luxemburgo: en 1551 se restituyó á su patria. En 1554 pasó con D. Felipe á Inglaterra, y allí se embarcó con el Adelantado D. Gerónimo de Alderete para ir á pacificar el estado de Arauco, con cuya ocasion se ciñó por primera vez la espada. A este viage de D. Alonso de Ercilla debió España la gloria de poseer el único poema verdaderamente nacional que hay en nuestra literatura. Este es la *Araucana*, composicion gigantesca, llena de originalidad y de osadía, brillante série de cuadros eminentemente románticos y aun sublimes: obra de un grande hombre, en que por todas partes rebosa la inspiracion de un génio creador, inmenso!..... Esta obra, se imprimió por primera vez en Zaragoza, año de 1577; y de ella hizo D. Antonio Sancha en Madrid en 1777 una excelente edicion en dos tomos en octavo, con el retrato y vida del autor, un mapa del estado de Arauco y tres estampas que representan los principales sucesos del poema. Desde esta época se han hecho otras muchas asi dentro como fuera de España.

Casó D. Alonso de Ercilla en Madrid con Doña María de Bazan por enero de 1570, y un año despues le hizo el Rey merced del hábito de Santiago (por cédula dada en el Escorial á 4 de junio), sirviendo despues de gentil-hombre al príncipe Rodulfo, hermano de la Reina Doña Ana de Austria, que succedió en el imperio á su padre Maximiliano, en el año de 1576.

No se sabe á punto fijo la época de su muerte, pero sí que fueron trasladadas sus cenizas al convento de San José de Religiosas Carmelitas Descalzas, fundado en Ocaña por su esposa Doña María de Bazan.

El poema la *Araucana* es el único trabajo literario que legó á la inmortalidad este insigne poeta: pues aunque algunos aseguran que empezó á escribir otro poema de *las Victorias y Hazañas*

de D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, no solo no se sabe que lo acabára, pero ni aun se ha visto fragmento alguno de semejante poema.

E. DE. O.

COMUNICADO.

SRES. REDACTORES DEL ARTISTA.

Recomiendo á la imparcialidad de VV. la insercion en su periódico de estas líneas, dirigidas á los que hayan visto lo que contra mí se dice en la entrega 24, y no puedan leer la contestacion que se dará en el *Correo de las Damas*.

Al hacer la crítica del drama *Incertidumbre y Amor*, al que tributé merecidos elogios, no creí deber omitir la indicacion hecha por otros periódicos de que no era enteramente original, pues el haberle dado por tal podia argüir parcialidad, y el declararle sin mas fundamento que aquel dicho por traduccion ó plagio, hubiera sido sobrada ligereza é injusto agravio á un joven escritor de mérito. No habiendo, pues, dado en uno ni en otro extremo, no hay sobre qué recaiga la espression irónica de *desvelo fraternal*: ademas de que en mi humilde opinion, nunca exagerada en puntos literarios ni en otra materia alguna, no debiera haber monopolio en los argumentos dramáticos, y mayor originalidad podía concederse al que se apodera de un pensamiento y le mejora que al que le hubiese tratado mal la vez primera.

Segundo punto. El haber dicho que la palabra *incertidumbre* no se toma en castellano por *irresolucion* como en frances *incertitude* merecia alguna respuesta mas clara que el entrar en si quien lo dijo es ó no *grande hombre*: no se tiene por tal el que ha tachado aquella voz de galicismo, mucho menos cuando no ha escrito (ni piensa escribir que es lo peor) ningun drama lloron. La nota de ignorante no le agravia mientras no mezca la de presuntuoso ó necio.

En tercer lugar. El *Correo de las Damas* no ha dicho que no mueran en la escena las jóvenes virtuosas, sino que no se suiciden, y hay mucha diferencia: Blanca de Borbon no se suicida, ergo la consecuencia sacada por el *Artista* en ese párrafo es tan inexacta como falsas las premisas.

Por último, el *Correo de las Damas*, lejos de constituirse *abogado nato de los caprichos de la moda*, ha declarado terminantemente lo contrario, ha criticado ya mas de una *moda*, y criticará mientras no varíe de mano la de los incestos, estupros y suicidios con que se inunda el teatro. Con esto el Redactor encargado de estas materias no será tenido por grande hombre, pero en cambio procurará acreditarse por la moderacion y urbanidad en contestar á los que le criticaren en iguales términos.

Aprovecha esta ocasion de declararse apasionado y admirador de los talentos de VV., Sres. Redactores, su afectísimo servidor

A. M. SEGOVIA.

A todo lo cual responde el que abajo firma: que

No hubiera argüido parcialidad omitir una indicacion de que no estaba seguro el mismo que la hizo y que no tenia motivos el *Correo de las Damas* para creer acertada, como no lo era en efecto. Lo que realmente prueba algo de mala voluntad es citar precisamente entre todas las críticas que se han hecho de este drama, la única de que con justicia puede quejarse el autor.

El que el Sr. Segovia no piense escribir ningun drama *lloron*, no prueba en manera alguna que sea un galicismo la palabra *incertidumbre*. No respondí con razones á esta acusacion, porque la creo una de las mas infundadas que buenamente imaginarse pueden. Por lo demas estoy muy lejos de haber llamado ignorante al Redactor del *Correo de las Damas*.

En cuanto al *tercer lugar*, hay mucho que hablar: que el *Correo* no haya querido decir lo que dice, es muy posible; pero sus palabras son estas «la moda y solo la moda puede aprobar que se haga morir en la escena á una joven virtuosa,

»sa..... y que se manche su conducta con un horrible suicidio.» Es evidente que aquí se comprenden dos cosas muy distintas entre sí: el *Correo* no quiere que se haga morir á las jóvenes virtuosas, ni quiere tampoco que se manche su conducta con un horrible suicidio. — Ergo, no son tan falsas las premisas, ni tan inexacta la consecuencia que saca el *Artista* en este párrafo, como quisiera el Sr. Segovia.

Y en fin, si he contestado con alguna acrimonia al *Correo de las Damas*, es porque en él y solo en él, he visto una pretension mal disimulada de echarla de gracioso á costa de mi primer ensayo dramático: sea orgullo, sea justicia, no le creo acreedor á tanta jovialidad, y por eso he visto con sentimiento que el espíritu de secta literaria haya hecho ser injusto conmigo á un periódico que siempre se ha distinguido por su urbanidad y moderacion..... excepto sin embargo cuando habló de D. Alvaro y de Alfredo. — E. DE OCHOA.

BLANCA DE BORBON.

Tragedia en cinco actos de Don Antonio Gil y Zárate.

Todos los periódicos han hablado de esta tragedia, elogiando sus bellezas y señalando sus defectos: el *Artista* llega ya muy tarde para decir nada nuevo. Pero á lo menos repetirá lo que en otra ocasion ha dicho: que la divergencia de opiniones en literatura, es una prueba de la actividad intelectual de un pueblo. Con solo decir que *Blanca de Borbon* es una tragedia clásica, habremos dicho que está escrita en un género que no nos gusta. Mas no por eso trataremos de ridiculizarla, aunque sea moda hacerlo así: el *Artista* no es un periódico de modas, sino de conviccion.

El que algunos periodistas clasiquinos hayan inmolado á su injusta cólera el bello drama de *Alfredo* porque era romántico, no nos hará desdeñar el de *Blanca* porque es clásico. A pesar de serlo, tiene esta tragedia muchas bellezas; y el cielo sabe que hablamos con toda la sinceridad de nuestra alma, estamos persuadidos de que seria muy bueno sino fuera clásico. ¿Es posible que Aristóteles lleve la tiranía hasta el punto de hacer que se conspire contra D. Pedro de Castilla en su mismo palacio? ¿De hacer que se quebrante la verdad histórica hasta el punto de exigir que salga Doña Blanca

del castillo inmediato á Medina, que hoy lleva su nombre, para hacerla morir en el palacio del rey? Seamos justos: si á ser consecuentes con el sano juicio y la verdad histórica se llama cometer monstruosidades románticas, mucho nos admira que un literato tan distinguido como el autor de *Doña Blanca*, no prefiera las susodichas monstruosidades á la rigurosa observancia de los preceptos de Boileau.

Algunos han elogiado la eleccion del asunto: nosotros le creeríamos muy bueno, por ser nacional, sino fuera porque en él es menester presentar á D. Pedro, y porque esto ya lo hizo Moreto *bastante bien* aunque en un drama romántico. Era aquí indispensable la lucha entre el poeta antiguo y el moderno; y es menester confesar que ésta no ha sido favorable á este último.

Tributarémos los mayores elogios, si bien algo tardíos, al Sr. Gil, por haber arrostrado los peligros á que esponian el éxito de su tragedia las diferentes exigencias del público: aunque éste no esté por uno ni por otro género de los que se disputan la palma en el dia, por razones que cualquiera conoce, es seguro que se necesita mas resolucion para dar á la escena una obra *clásica* que una obra *romántica*: la segunda ofrece con sus cambios de decoraciones y de metros muchos mas recursos que la primera, para entretener la atencion de un público tan ilustrado como el que todas las noches ocupa las lunetas de nuestros teatros. — E. DE O.

ANUNCIO.

Los suscritores á la *Coleccion de Novelas históricas, originales, españolas*, pasarán á recoger el tomo 23 de dicha Coleccion, y 2.º de la titulada *Ni Rey ni Roque*, por D. Patricio de la Escosura, y adelantar el importe del 24, y 3.º de la misma, á la librería de *Escamilla*, calle de Carretas, donde sigue abierta la suscripcion á 6 rs. el tomo en rústica y 8 en pasta.

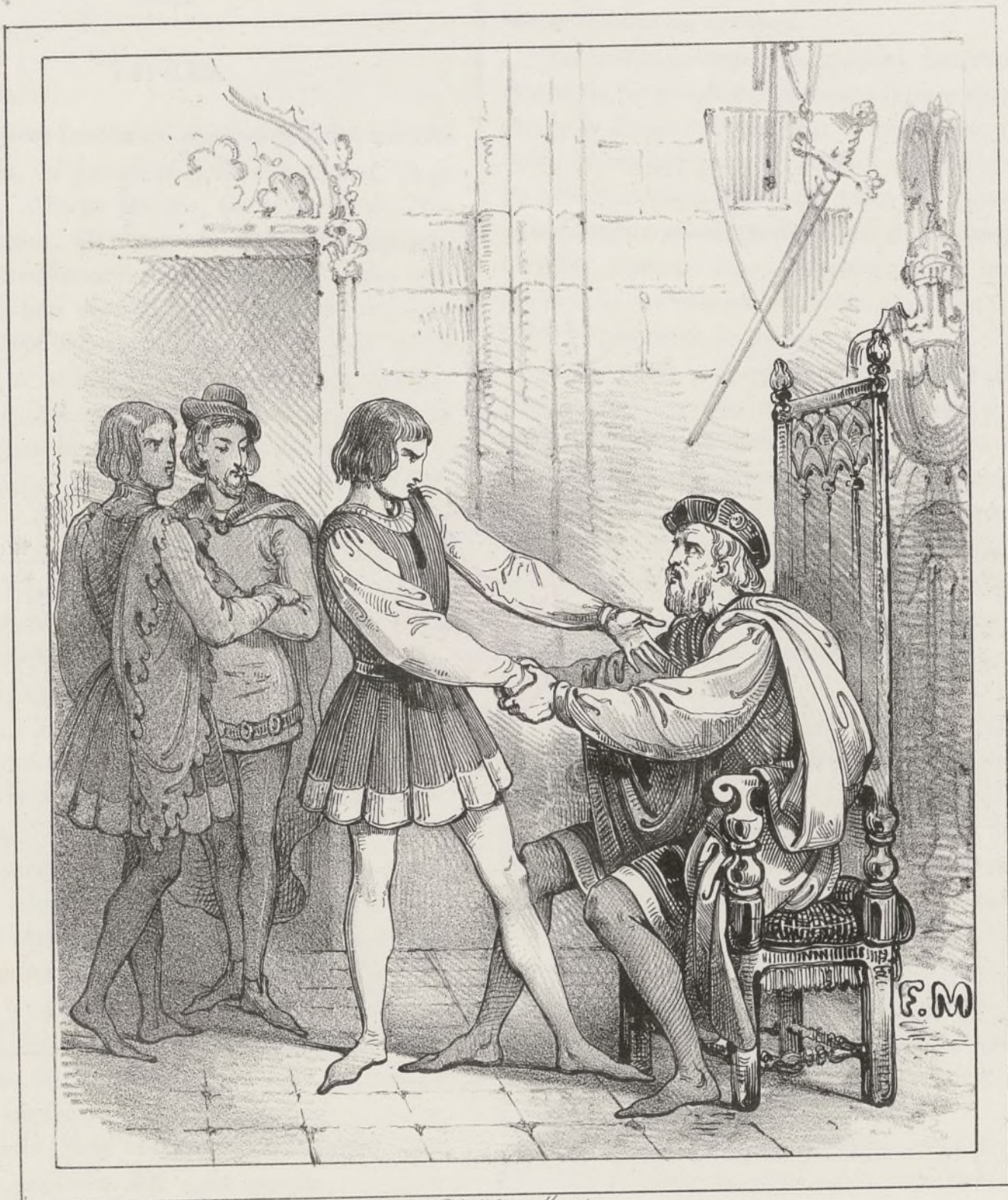
NOTA. En la página 280 de nuestro último número del *Artista*, se puso por un error de Imprenta la palabra *Buonarroti* separada de *Miguel Angel*, y unida á *Pinelli*. — Tambien se halla en la misma página la palabra *amoviente*, en vez de *conmoverte*.

ESTAMPA: Ramiro.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHÁ.

EL ARTISTA.



Al Lic.^o de Madrid.

*"Sollides, padre, en mal hora,
Sollides en hora mala;*

*Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras;*

(R.^o del Cid.)

